

LA TIERRA, TAL CUAL LA CONOCEMOS,
DEJARÁ DE EXISTIR



EL LIBRO UNO DE LA SAGA

LOS MUNDOS DE GAEL

TIERRA

ANA HALABE

ANA HALABE

LOS MUNDOS DE GAEL

TIERRA

LIBRO PRIMERO

www.losmundosdegael.com

PRIMERA PARTE

¿Qué pasaría si una nave espacial llegara a la Tierra?

Uno

Yseut abre sus ojos blancos, casi transparentes. Se encuentra tendida boca arriba, desnuda, en la suave y anatómica camilla blanca de la unidad de descanso. Mueve despacio las piernas y los brazos, sintiendo la grácil flexibilidad de sus miembros, tersos y delicados. La última desconexión inducida de cinco días ha llegado a su fin; un período muy corto, comparado con otros experimentados durante el viaje.

Presiona el lector que abre la cubierta y baja de la unidad. Pensar en días, días *terrestres*, la hace sonreír. Los días y las noches de Éter son diferentes a los de la Tierra. Las noches de Éter carecen de oscuridad.

Yseut contempla el interior de la nave, experimentando un sentimiento similar al orgullo. *Su nave. La primera en viajar por el espacio a esa distancia.*

Pionera, había dicho Magnus.

La nave es de un color blanco translúcido; posee forma de cápsula levemente redondeada en los extremos, y la capacidad de oscurecer o aclarar sus paredes según se la configure. Mide unos veinticinco metros de longitud y ocho metros de ancho. El interior está iluminado de un brillante tono blanco por pequeñas e invisibles fuentes de luz.

La puerta tornasolada que divide la nave en sectores se desliza silenciosa hacia el costado. Yseut ingresa en la parte delantera donde se encuentra la cabina, moviendo su cuerpo, alto y perfectamente torneado, con distinguida y natural elegancia. Los dos asientos son de un suave tono plateado, característico de Éter, así también como todos los contenedores y los lectores de apertura. Las enormes paredes-ventanas, ubicadas frente a ella, muestran la negrura del espacio. Y algo más.

La joven ajusta en su muñeca la fina pulsera plateada, similar a un reloj de carcasa mediana, mientras observa las dos pantallas ultradelgadas y flexibles donde se concentran los controles y la configuración de la nave. Desliza los dedos sobre ellas con una rapidez imposible de alcanzar para cualquier terrestre, alternando con veloces toques

a la pantalla de su pulsera. Sus brillantes ojos viajan de una a la otra, absorbiendo datos y códigos.

Falta poco.

Yseut se dirige a los contenedores de alimento. Toca un lector pequeño y lo abre, retirando de un estante angosto una bebida energética, compuesta de los más diversos nutrientes y proteínas de origen etéreo. La bebe por completo de un prolongado sorbo, pensando en el suero atmosférico.

El informe del Círculo especificaba que la atmósfera terrestre (compuesta de oxígeno y nitrógeno) no resultaba dañina para los etéreos. Sin embargo, la cercanía del planeta Tierra con el Sol y sus radiaciones electromagnéticas podría llegar a causar algún daño instantáneo, o quizá a futuro, en la composición de su organismo, por lo que los Hacedores habían elaborado un suero con los más variados combinados químicos naturales y sintéticos.

El Sol se encuentra a unos dieciocho años luz del sistema Aural –en el que se encuentra Éter–, mientras que no llega a un año luz de distancia de la Tierra. *Demasiado cerca. Peligroso.* Eso había dicho Pol. *Va a afectarte. Vas a asarte como un erilo. Tiene que haber otra solución.*

Aunque los erilos asados eran apetitosos –y una de sus comidas favoritas–, estaba lejos de querer convertirse en uno de ellos. Sin embargo, no objetó nada al respecto. Como todos los etéreos, confiaba absolutamente en la inmensa sabiduría del Círculo, liderado por Magnus, y en los vastos conocimientos técnicos de los Hacedores, regidos por Ister.

Dejando a un lado el contenedor vacío de la bebida, Yseut se acerca a un depósito mediano de color blanco. Oprime el lector y la tapa se desliza hacia arriba, exhibiendo una especie de estantería transparente. Toca un pequeño mecanismo sobre uno de los estantes; éste sale hacia adelante e Yseut toma entre sus dedos un inyector de punta plana. El delgado tubo translúcido está repleto de una sustancia líquida, de un intenso color ambarino. La joven lo observa por un momento, pensativa.

Algo que Pol parecía no comprender era el rol de importancia que Yseut ocupaba, negando prácticamente el hecho de que ella ahora era un miembro especial del Círculo, designada para la misión por sus aptitudes y capacidades. Apenas él conoció la decisión, intentó hablar con Magnus para ofrecerse a ocupar su lugar. Yseut se había molestado por esto, al

punto de distanciarse de él por un tiempo. Pero no era fácil, ya que ambos estaban juntos casi de forma permanente. Finalmente, poco antes de partir, él reconoció que comprendía la elección. El Círculo y los Hacedores habían seleccionado a la Defensora más adecuada; lo suficientemente hábil y capaz para arreglárselas en cualquier parte. Todo Éter la había elegido a ella. Y a nadie más.

Yseut presiona el inyector contra el ángulo de su cuello y el suero se introduce en su torrente sanguíneo, desplegando su potente protección. Está segura que será la única que necesitará.

Deja el inyector vacío y comienza a colocarse el traje de suave textura blanca y ajustada que cubre su cuerpo por entero. Unas finas líneas plateadas, curvadas en forma de onda, decoran el torso, cruzándolo oblicuamente desde el hombro izquierdo hasta la cadera opuesta. Sobre el pecho, en el lado derecho, se ve un símbolo pequeño, una especie de círculo achatado de trazo delgado, y en el centro, una figura similar a un número ocho. El calzado bajo, parecido a una zapatilla deportiva color gris oscuro, provisto de suelas delgadas y resistentes, se ajusta automáticamente a su medida mientras termina de anudar en una gruesa trenza su larga cabellera rubia, casi blanca, dejándola caer sobre su espalda recta.

Se ubica en uno de los asientos frente a las pantallas. Las correas de protección se ciñen sobre su cuerpo, al tiempo que mueve los dedos sobre las pantallas con una seguridad obtenida por prolongados períodos de práctica.

Intenta ignorar los rápidos latidos de su corazón al ver la superficie de la Tierra, cada vez más cerca. Había estado segura de que el tiempo de desconexión previo al aterrizaje le evitaría ese creciente y extraño nerviosismo que ahora recorre su cuerpo, obligándola a recobrar su habitual tranquilidad. Al parecer, no ha funcionado.

Los sistemas de la nave inician el conteo. La mente de Yseut se concentra en esos interminables minutos que siguen, reduciendo la velocidad, neutralizando la energía del motor de curvatura, penetrando más y más en la atmósfera terrestre. Los ojos fijos en el cielo, ahora celeste. *Celeste*. Vuelve a focalizarse en controlar que la nave siga su curso, activando el sistema de ocultamiento contra cualquier elemento electrónico, mientras

comienza a distinguir, por debajo de gruesas nubes blancas, las extensas formaciones rocosas, las ciudades y las llanuras. A medida que se acerca, ve con más claridad las montañas de aquel lugar extraño llamado Estados Unidos, destino final de su aterrizaje.

Los informes conjuntos de los Hacedores y el Círculo se basaban en la observación y el análisis de la información fragmentada que había podido obtenerse de la Tierra; pero la ubicación exacta del objetivo de Yseut tendría que ser sólo una vez que llegara a destino, y su pulsera se calibraría automáticamente para los sistemas terrestres. El corazón de Yseut regulariza poco a poco sus latidos, y logra focalizar su mente en el suave y fluido aterrizaje, posándose sobre la tierra llana y pedregosa en un claro dentro del bosque, en la zona más agreste de Virginia.

La nave se detiene. Sumergida en un silencio absoluto, la joven etérea contempla el paisaje desplegado frente a sus ojos, a través del cristal de la cabina. Siente un gran deseo de aclarar las paredes laterales para ver a su alrededor, antes de salir; pero se contiene con fría resolución. No hay tiempo que perder.

Yseut comienza los preparativos para dejar la nave, obligándose a permanecer tranquila. Ajusta el cinturón blanco sobre el traje, comprobando en su interior el contenedor con las dosis energéticas que su cuerpo le requerirá. Los alimentos terrestres podían dañar el complejo equilibrio de su organismo. La cantidad que lleva será más que suficiente; después de todo, sólo va a necesitar unos pocos días.

Se acerca a los controles y toca la pantalla grande con rapidez. Espera unos segundos antes de volver a tocarla. Desliza la mano hacia el costado, intentando arrastrar la información de la pantalla para proyectarla en el exterior. Pero nada sucede.

Los técnicos de los Hacedores, responsables del diseño de la nave, le habían advertido que existía una altísima probabilidad de que al llegar a la Tierra algunos sistemas podrían tardar en readaptar su configuración. Para que pueda continuar con la misión asignada sin pérdida de tiempo, han sumado a la estructura interna de su pulsera una sofisticada red de comunicación que les permitirá llegar a ella, en cualquier momento y lugar donde esté.

Yseut se aparta de la pantalla con fría decisión. Magnus ya debía saber de su llegada, gracias a la pulsera que le transmite su ubicación. Hubiera estado bien poder comunicarse con él para informarle en persona. Toma aire con fuerza, llenando sus pulmones, similares a los de los humanos, y experimentando en su pecho una gran impaciencia.

Está lista. Es momento de salir.

Se detiene un instante, pensativa. Hubiera sido mejor aún comunicarse con Pol, aunque sólo dispusiera del tiempo necesario para tranquilizar su inquietud. Toca su pulsera, deslizando los dedos varias veces sobre la pantalla. De pronto, una tenue luz blanca parpadea débilmente. Yseut la arrastra con los dedos hacia el frente, conteniendo la respiración. *Pol. Magnus.* Finalmente podrá comunicarse. Su mundo necesita saber que la pionera ha llegado. A salvo. Endereza más la espalda, preparándose.

La luz blanca de la pantalla estalla en un furioso arco iris de colores, desplazándose velozmente por las paredes opacas de la nave. Sumergida en su resplandor, Yseut frunce el ceño sin apartar la mirada de la cegadora luz, atenta a alguna señal. Después de un último estallido, seguido por otro parpadeo, el arco iris se detiene. Y la luz se apaga.

Yseut vuelve a tomar aire, con más fuerza. Éter y Magnus tendrán que esperar.

Para Yseut es muy importante lo que Magnus pueda pensar. Desde su concepción y nacimiento, él ha estado supervisando cada detalle de su vida. Evaluaciones, pruebas, estudios; todo lo que se refería a ella era cuidadosa y exhaustivamente examinado por él y el equipo de trabajo supremo del Círculo. No había absolutamente nada en la vida de Yseut que Magnus no supiera. Así es como funciona, y así tiene que ser. Cada período evolutivo de cada uno de ellos es estrechamente vigilado. A pesar de haber llegado al mundo con objetivos claros y precisos, puede existir una ínfima posibilidad de que algún ser se desvíe del camino preestablecido, provocando un Desequilibrio. Por eso es importante controlar cada pequeña ondulación. Y corregirla. Habían existido algunos antecedentes; historias que todos conocían (tenían que conocerlas, estaban obligados a conocerlas), en las que ocurrían cosas que parecían impensables; todo, a raíz del tan temido Desequilibrio.

Desde la Invasión en Nix, las circunstancias en Éter han cambiado radicalmente. El Equilibrio, del que tan orgullosos se han sentido siempre los etéreos, corre un gran peligro de extinción. Y eso es algo que ninguno de ellos puede permitir.

Tras los más diversos estudios y análisis llevados a cabo por los Hacedores, y las profundas investigaciones realizadas por el Círculo, los etéreos habían diseñado esta nueva misión; la única posible para detener a los nixos.

Todo va a salir bien. Los Hacedores y el Círculo han cubierto los aspectos pertinentes. Incluso Pol tuvo que estar de acuerdo con la misión. Si quieren sobrevivir, hay que hacerlo. El tiempo se está terminando.

Hay que impedir la Hibridación.

Dos

—¿Qué pasaría si una nave espacial llegara a la Tierra?

La pregunta de Sasha se desliza, ominosa, por los oscuros rincones de la mente de Alex, encontrando los intersticios necesarios para quedarse allí, pulsando, incrustándose en su cerebro.

—No. Es imposible.

—Pero tú lo viste. Dime la verdad. Esas luces...

—Esas luces pueden significar cualquier cosa.

Sin dejar de caminar por el extenso y sórdido pasillo gris iluminado por una débil luz anaranjada, Alex rodea fuertemente con su brazo los menudos y frágiles hombros de la joven, decidido a ignorar los acelerados latidos de su corazón. Y el sonido. El maldito sonido.

Ambos avanzan a paso rápido, con la vista fija en la puerta pintada de un esperanzador color verde oscuro. El cartel con grandes letras blancas de "Salida" parece atraerlos como un imán. Alex mira rápidamente por sobre su hombro para asegurarse. Gracias a Dios, todavía están solos.

Sasha lo hace detenerse, aferrándole el brazo con inusitada fuerza. Levanta la cabeza, temblorosa, para mirar los ojos dorados de su compañero.

—Alex, sé lo que vi en esa terraza. Y tú también lo sabes. No eran luces normales.

—Sí, lo eran. Quédate tranquila. ¡Vamos!

Él esboza una sonrisa breve señalando hacia la puerta, al final del pasillo. Comienza a moverse pero Sasha permanece inmóvil, con el cuerpo tenso.

—Entonces, ¿por qué tienes tanta prisa por salir de aquí?

Alex se inclina para mirarla a los ojos, con una expresión que intenta ser tranquila.

—Porque ya es de noche, y se supone que no debemos estar...

El sonido estalla en su cabeza con potencia arrolladora, y Alex se lleva la mano a la frente, contrayendo el rostro de dolor.

—¿Alex?

La voz de Sasha es suave y cálida, aunque penetra con el filo acerado de un cuchillo en las débiles paredes de la mente de Alex, cada vez más dañada. Ella lo observa con ojos agrandados, llenos de miedo.

—Alex, dijiste que no era una nave... que todo estaba bien...

El dolor es tan intenso, tan insoportable, que lo hace caer de rodillas en el lúgubre pasillo. Lleva ambas manos a su cabeza, revolviendo su cabello castaño claro con desesperación, haciéndose un ovillo sobre el suelo, tratando de calmar, aunque sea por un solo instante, aquel horrible sonido.

Sasha lo contempla asustada, incapaz de hablar. Desde el suelo, Alex levanta la cabeza súbitamente y clava sus ojos en ella, expresando en silencio un dolor y un horror intolerables. Llena de temor, la joven comienza a retroceder hacia la puerta de salida, sin dejar de mirarlo, alejándose más y más de él.

Alex grita con terrible impotencia, y su grito repercute en las pálidas paredes del pasillo, agitándolas hasta sus cimientos.

—¡Nooooo!

Sasha corre los últimos pasos hacia la puerta y sale, sin mirar atrás. Alex se levanta con torpeza; el sonido en su mente ahora es, simplemente, un rugido ensordecedor.

Tiene que ir por ella.

Echa a correr por el pasillo hacia la puerta de salida y la abre. Se detiene bruscamente, mirando aterrorizado a su alrededor.

Una enorme pantalla de intenso color verde lo rodea por completo.

—¡Corte! ¡Hemos terminado, gracias a todos!

Los aplausos llenan el set; Gael sonríe, y con su corazón todavía acelerado, gira hacia el enjambre de asistentes que lo rodea.

—Ha estado genial, Gael. De verdad; me encantó. La tensión que has logrado transmitir fue espectacular.

El director palmea su brazo. Con un brillo de entusiasmo en sus ojos penetrantes ve como su actor se quita la chaqueta negra que lleva puesta para tendérsela a una joven robusta y expectante, quien le agradece el gesto con una amplia sonrisa. Gael se vuelve hacia él, caminando con energía hacia el camarín del estudio.

—Y va a quedar aún mejor cuando pongas tus manos mágicas encima, Gabe. Muero por ver mis ojos con esos efectos. ¿Cuándo empiezan a editarla?

Ambos continúan caminando, esquivando cables, faroles y al equipo que trabaja con pericia en el desarme del set.

—Mañana mismo. Ya sabes lo ansioso que estoy por terminar esta película, y la gente del estudio quiere estrenarla en marzo.

—¡Eso espero! En noviembre comienzo con los ensayos en el Teatro Ambassador y toda la promoción de la obra, de modo que en las próximas semanas voy a estar a tu disposición para lo que necesites.

Gael se detiene frente a la puerta del camarín. El director lo mira un momento y sonríe, volviéndole a palmear el brazo.

—¡Gracias, Gael! De todas formas, tendremos que preguntarle a tu guardiana personal.

Él asiente suspirando, con expresión de fingido pesar.

—*C'est la vie*. Yo propongo, pero ella dispone.

El director mueve la cabeza, ya encarando el regreso hacia el set.

—Todos los representantes de actores son iguales, quédate tranquilo. Gracias otra vez por todo, Gael. Espero que podamos volver a trabajar juntos nuevamente. Lo digo en serio.

El hombre se aleja con prisa y Gael entra en el camarín, pensando en Lara. Es extraño que no haya estado allí, siendo el último día de rodaje. *¿Dónde te has metido?*

Se sorprende a medias al ver a Sasha, o más bien a Leila, de pie frente al espejo, terminando de embutir sus suaves curvas en unos pantalones vaqueros súper ajustados.

—Perdón. Creí que éste era mi camarín.

Ella lo mira inclinando la cabeza, burlona.

—Lo es. Sólo que el mío está lleno de gente.

Gael se apoya en la pared cruzando los brazos, viéndola acomodarse el cabello oscuro sobre los hombros con movimientos precisos y eficaces.

—Te fuiste volando. ¿Qué pasó?

Leila se cuelga al hombro su voluminoso bolso de mano de color rojo y camina hacia él con rapidez.

—Tengo una producción de fotos, y estoy atrasada.

—¿Es esa de la que me hablaste ayer? Lencería, ¿verdad?

Ella sonríe y le estampa un sonoro beso en la boca.

—Nada que no hayas visto antes. ¿Vas esta noche a la fiesta?

Gael se encoge de hombros, mientras la observa mirarse al espejo por décima vez, chequeando su aspecto perfecto.

—Tal vez.

Leila pasa junto a él para abrir la puerta. Se detiene y apoya una mano en su pecho trabajado.

—Recuerda que mañana debo viajar a Roma, por aquello de la RAI. Y no sé cuándo regreso.

Gael le toma la mano y se la besa con suavidad, mirándola a los ojos.

—*Arrivederci, signorina.*

Ella le dedica su sonrisa sensual típica y sale del camarín. Gael comienza a quitarse la ropa, pensando en Leila y en su viaje. *Maravilloso.* Esa noche será el cierre ideal. Ya está aburrido de ella.

Con el ímpetu propio de un reloj despertador realizando su acción intrínseca, U2 resuena en la habitación, y la voz de Bono, gritando el conteo inicial de *Vértigo*, se introduce profundamente en el cerebro de Gael, incindiéndolo a la vida. La música sigue su camino inexorable, abriéndose paso por cada fibra auditiva, por cada axón, hasta llegar al lóbulo temporal, donde finalmente explota.

Gael estira la mano hacia su iPhone y, con un golpe seco, corta la canción. Un silencio funesto se cierne sobre el cuarto, como un grueso manto de niebla oscura y pesada. Despacio, se incorpora en la amplia cama, cubierto hasta la cintura por las sábanas de raso negras, uno de sus últimos caprichos. Permanece un momento sentado, pensativo, mientras el manto de silencio se apodera de su mente, encendiendo luces de alarma. Leila ya se ha ido. Está solo en la habitación. Pero no lo está.

Parpadea con rapidez, frunciendo el ceño. *Mierda, ¿cuánto bebí anoche?* Imposible recordarlo. La fiesta había resultado bastante descontrolada por tratarse de un festejo de fin de rodaje. Y la despedida de Leila... había sido un buen final.

Gael mira a su alrededor con una expresión confusa en sus ojos dorados. No hay nadie allí, pero él siente algo. Quizá no esté solo. En la fiesta abundaban mujeres de las más diversas edades e idéntico entusiasmo. Quizá alguna de ellas se había aparecido por allí, justo después de que Leila se fuera, para decirle algo que no podría esperar al día siguiente. No. Lo recordaría. Lo recordaría de la misma forma como recordaba el perfume de Leila en su almohada, como recordaba su mirada divertida al decirse adiós y que tengas una buena vida.

Gael sonríe aliviado, asintiendo, alisando su revuelto cabello castaño de forma automática. No hay ninguna presencia allí. *Todo está bien; sólo nos hemos pasado de alcohol; nada grave. Todo está bien.*

Lentamente, aparta las sábanas y se levanta, pensando que quizá todavía esté a tiempo para llegar a la sesión de fotos que Lara, su insistente representante, guardiana personal y amiga de toda la vida, le ha programado con su habitual consideración para las doce del mediodía. Haciendo una mueca irónica, camina hacia el amplio ventanal de su piso que da a la calle Spring en el SoHo, uno de los barrios más atractivos de la ciudad de Nueva York. Corre las oscuras y pesadas cortinas para mirar hacia el exterior.

Por un momento, siente que sus ojos lo engañan, y que su cerebro, todavía embotado por el sueño y el vertiginoso despertar, no registra de manera correcta lo que ve. El cielo, del que tiene una vista privilegiada desde su quinto piso, no se ve azul ni celeste, ni negro, ni nada parecido.

Es rojo. Rojo fuego. *No, fuego no, porque no vira al naranja. Parece sangre... Sí, es rojo sangre.* Aparece en su mente una imagen perturbadora: un asesino serial de película slasher, que mata por absoluto placer y está completamente loco, corta el cuello de una joven de larga cabellera rubia, mientras la sangre brota de la herida cual interminable cascada de muerte lenta, empapando todo a su alrededor. Y ese color, esa explosión nuclear de rojo intenso, se ha encarnado en el cielo, frente a sus ojos, en este mismo momento.

Gael se pega al vidrio, hipnotizado. Después de unos incontables segundos, baja la mirada hacia la calle, siempre transitada y en movimiento. Lo que ve lo hace estremecer. Porque no hay nadie. No hay nada. Peatones, autos, árboles, tiendas, viviendas; todo ha desaparecido. Cero. La

acera (o mejor dicho, lo que *ha sido* una acera) ahora es una cinta de escombros retorcidos que bordea un enorme foso negro y profundo, situado donde antes (*¿cuándo?, ¿ayer?, ¿hace un rato?*) había una calle.

Gael comienza a temblar, sintiendo que la helada garra del terror recorre su espalda con toques suaves, pero horriblemente firmes. Su cabeza se mueve lentamente, mientras su mente niega lo imposible, lo absurdo de lo que está viendo.

Como movido por un resorte, aferra el mando de la enorme TV y oprime el botón de encendido. *¡Dios!, algo tienen que decir; los programas de noticias, alguien.* Nada. Lo presiona repetidas veces, cada vez más nervioso. Pero está muerto. Conectado, pero muerto. Dirige la vista hacia el teléfono que tan inocentemente lo ha sacudido unos pocos minutos atrás. Apagado. Y aunque intente encenderlo, una y otra vez, sabe en su más recóndito interior que nada sucederá. Mira desesperado hacia el reloj digital negro de catastróficos números rojos que Lara le regaló unos años atrás. Pero el tiempo también ha muerto, arrastrando en su deceso enajenado todo a su alrededor.

Gael corre hacia la puerta con espantada rapidez. Tiene que escapar de ese mausoleo en el que se ha convertido su habitación. Aferra el picaporte, tratando de girarlo con desesperación. *¡Dios, no!* El maldito está completamente inmóvil; como si fuera parte de un decorado de una mala película de terror. Envuelto en un paroxismo de furia insoportable, comienza a golpear la puerta con los puños, ignorando el dolor en sus nudillos, lastimándose más y más con cada golpe. De pronto, tan de repente como ha aparecido, su furor se detiene. Un frío estremecimiento recorre su espina dorsal. Temblando, con las manos sangrantes colgando a los costados del cuerpo, gira lentamente hacia la ventana.

El cielo está cambiando. El cielo se está moviendo. El cielo se ha vuelto loco. Rayos violetas se entremezclan con luces anaranjadas; algo similar a relámpagos, o más bien a las luces estroboscópicas de una discoteca completamente descontrolada, lo enceguece, hiriéndole los ojos. Gael se los cubre con los puños ensangrentados, desesperado. Un sonido horrible, como de mil monstruos de mil pesadillas, atrona su cabeza, llenándolo de inenarrable terror. *¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¡por favor, basta, BASTA!* Cae

al piso de rodillas, haciéndose un ovillo, tratando de proteger instintivamente su cuerpo, pero perdiendo la cordura, cada vez más.

Y cuando el dolor se hace finalmente insoportable, y el mundo se termina, engulléndose a sí mismo, Gael despierta.

“¡Hello, hello!”, grita Bono con su potencia irlandesa al cien por ciento. Envuelto en su último capricho de sábanas negras, Gael abre los ojos, empapado en sudor, temblando de manera incontrolable. Se incorpora en la cama, aún agitado. Algunas imágenes de su sueño (*no, sueño no; pesadilla*) confluyen en su cerebro, navegan libremente por su sangre (*el cielo, sí, era rojo, como la sangre*) y se desparraman con suavidad por su conciencia, provocándole un último escalofrío de terror.

Estira la mano hacia el teléfono, y apaga la alarma. El silencio se cierne sobre el cuarto. Gael se queda quieto, totalmente paralizado, tratando de escuchar; algo, lo que sea. Mira el reloj que Lara le regaló. Las grandes letras rojas marcan las once AM. Con estudiada lentitud, desliza las piernas fuera de las sábanas. Camina, casi con precaución, hacia la ventana cubierta con las oscuras y pesadas cortinas. Sin tener la menor intención de sufrir un segundo más de suspenso, las abre de un tirón.

Automóviles de todo tipo y color se deslizan por la calle, flanqueada por aceras *–hermosas, normales aceras–* y árboles. Decenas de personas se dirigen con rapidez hacia el promedio de su día, concentrados, ensimismados en sus pensamientos, apenas notándose los unos a los otros. La mayoría de ellos hablan por sus aparatos móviles, gesticulando con amplios ademanes, ilustrando una conversación absolutamente unipersonal; caminan solos o en grupos, intercambiando frases rápidas, concisas, diciendo un veinte por ciento (quizá menos) de lo que realmente ronda por sus cabezas; se dejan llevar por la inercia del movimiento, absorbidos por sus problemas y alegrías personales; cruzándose y mezclándose bajo el mismo cielo; un luminoso y perfecto cielo azul claro, surcado de unas pocas nubes blancas, bañado por la luz de un Sol radiante de verano, absolutamente normal y tranquilizador. Nada de rojeces espeluznantes, rayos de colores amenazadores y demás terrores que ahora apenas puede recordar; todavía algún eco

del sueño-pesadilla queda, cada vez menos, perdiéndose en algún rincón piadoso de su mente.

Gael contiene un sobresalto cuando la acaramelada voz de Romeo Santos tentándolo con una copa irrumpe en la habitación. Lara está llamando, seguramente para molestarlo por lo de la sesión de fotos de las doce, y para Gael, *Propuesta Indecente* es su forma apropiada de aparecer en escena. Antes de atender sonríe con malicia, pensando en lo mucho que ella se enojaría si lo supiera. Odia la bachata casi tanto como que la hagan esperar.

—Estoy en camino.

La voz de Lara, incorpórea, pero con la suficiente firmeza de representante-de-artistas-rebeldes, termina con los últimos vestigios de su pesadilla.

—Mentiroso. Estás en tu casa, en tu habitación, medio desnudo y, como siempre, retrasado.

Gael camina hacia la ventana. Entrecierra los ojos, tratando de hacer foco, y la busca en el movimiento matinal de la calle.

—En vez de perder tiempo buscándome, empieza a vestirme. No quiero quedar mal con esta revista, ya te lo he dicho.

Gael sonríe al descubrirla en la esquina de enfrente, envuelta en un abrigo rojo que no la favorece, haciendo equilibrio sobre los zapatos de tacón de aguja que insiste en usar a pesar de no saber llevarlos, mientras se aparta el cabello castaño del rostro y trata de encender un cigarrillo —el séptimo de los veinte o más que fuma por día—, sosteniendo torpemente el teléfono móvil entre el hombro y la oreja.

—En diez minutos, bajo. Y ya te he dicho que el rojo no te va, Larita.

Gael corta la comunicación, sonriendo con sarcasmo. Desde la calle, Lara lo mira directamente, haciéndole un elocuente gesto con el dedo medio, demostrando lo mucho que le gusta el apelativo.

Sin dejar de sonreír, Gael se encamina al baño, listo para comenzar un nuevo y absolutamente normal día en su vida.

Con su cabeza recostada en el asiento del Focus negro, Gael cierra los ojos, sintiéndose ligeramente cansado. A su lado, conduciendo como si llegar

fuera una cuestión de vida o muerte, Lara oprime el acelerador sin ningún escrúpulo, permaneciendo en un silencio hermético desde que él se subiera al coche, diez minutos antes.

—¿Qué pasó ayer?

—¿Ayer? ¿Qué tenía que pasar ayer?

Gael la mira con expresión de hastío.

—Ayer terminó el rodaje de la película que, según tú, va a ser la bisagra en mi carrera de cine. ¿Por qué no has ido?

—Me encontraba ocupada. No eres mi único actor, Gael. No todo gira a tu alrededor.

—¿Puedo saber qué te ocurre, además de lo de siempre?

Sin desviar los ojos de la calle, Lara hace una mueca de disgusto.

—¿A qué te refieres con “lo de siempre”?

Por nada del mundo dispuesto a generar una confrontación interminable a estas horas del día, Gael gira la cabeza para observar por la ventanilla. Apenas si puede ver los rostros de las personas, a causa de la velocidad con la que transitan. Desvía la mirada hacia su compañera, quien sin perder un ápice de concentración, esquiva con pericia asesina una Toyota Hilux de brillante color azul, ignorando con absoluta calma los correspondientes y justísimos improperios manifestados por su conductor.

—¿Era necesario citarme a esta hora, cuando sabes perfectamente que ayer debía ir a la fiesta de la película?

Lara frena bruscamente ante la luz roja del semáforo, y Gael agradece en silencio tanta consideración ante la seguridad del peatón.

—Lamento que hayas tenido que madrugar; algo que no has hecho, como ambos sabemos. Esta no es la típica revista de espectáculos; les interesa presentar a los actores como personas, y no mostrar el trasero de la última jovencita hueca con la que has estado. Tener la nota central y la tapa es un golazo.

Gael se encoge de hombros, esbozando una mueca irónica.

—Pienso que es genial y muy altruista de su parte, pero eso no implica que tengamos que matarnos en el camino, así que, por favor, baja la velocidad. ¿Por qué no viniste anoche?

Lara vuelve a arrancar, frunciendo más el ceño.

—¿Por qué debía ir, si no había prensa?

Él la observa de reojo. Por supuesto que había sido raro no verla dando vueltas por la discoteca, sumando contactos a su lista interminable. Ella siempre asiste a esos eventos, con prensa o sin prensa. Decididamente, su ausencia en la fiesta, y en el último día de rodaje, es algo fuera de lo común.

Lara gira brevemente la cabeza para mirarlo, molesta.

—¿Qué?

—Nada. Es extraño.

Ella oprime la bocina con ferocidad, haciendo correr con brío juvenil a una señora que tiene el atrevimiento suicida de cruzar la calle con el semáforo en amarillo.

—¿Extraño? Me he quedado durmiendo. ¿Qué es lo extraño de eso?

¿Durmiendo? Gael no conocía a una persona que durmiera menos. *¿Desde cuándo dejó de hacer algo para quedarse durmiendo?* Un ligero atisbo de preocupación aguijonea su mente.

—Lara, ¿ocurre algo?

Ella lo mira, fijando en él sus ojos de un suave tono verde. Por un momento, parece debatirse entre responderle o no. Luego, pensándolo mejor, vuelve a fijar la vista en el camino.

—No falta mucho. Quizá hasta lleguemos a tiempo.

Gael la observa un instante, intrigado. Lara no suele tener demasiados problemas en expresar sus molestias; es más, parece tener la necesidad imperiosa de hacerlo. ¿Qué estaba a punto de decirle? Y ¿por qué no se lo dijo?

Envueltos en un silencio espeso e infranqueable, Gael, inexplicablemente inquieto, vuelve a recostar su cabeza contra el respaldo del asiento, pensando en ese milímetro de duda que ha visto en los ojos de ella, antes de cambiar de tema.

EL LIBRO DOS DE LA SAGA

LOS MUNDOS DE GAEL

TIERRA HÍBRIDA

Toda Invasión tiene una Resistencia...

“PERO AHORA ES DISTINTO.
PORQUE AHORA, ELLA ES *DISTINTA*...”

La Tierra ha cambiado. Los humanos han Cambiado. Los híbridos ya están aquí.

El jefe nixo Norkam, junto a la híbrida-humana Leiana y su Guerrero Cyan, rigen el nuevo mundo. Yseut y Gael huyen para reunirse con Hugo, el padre del joven, y poder cumplir con su misión en el planeta Éter. En el camino rescatarán a Jano, un adolescente de 18 años quien, junto con el aguerrido León, formará parte del creciente grupo de humanos “normales”; ellos intentarán resistir el Cambio generado por los nixos, planeando la destrucción de los “distintos”.

Pero todo puede estallar por los aires cuando Gael descubra la verdadera identidad de Leiana...

The book cover features a dark, atmospheric scene. In the center, a city with tall, futuristic buildings is built on a rocky, elevated terrain. The city is partially obscured by shadows and appears to be a blend of natural and artificial structures. Above the city, a large, bright, circular object, resembling a full moon or a planet, dominates the sky. Several smaller, glowing spheres or objects are scattered in the sky around the main moon. The overall tone is mysterious and sci-fi.

LOS HÍBRIDOS ESTÁN ENTRE NOSOTROS

EL LIBRO DOS DE LA SAGA

LOS MUNDOS DE GAEL

TIERRA HÍBRIDA

ANA HALABE

Su realidad va a superar cualquier ficción imaginable hasta ese día...

*“SI NO VIENES CONMIGO A ÉTER, MI MUNDO Y TU MUNDO
VAN A DEJAR DE EXISTIR”*

El joven y famoso actor Gael Ryan verá cambiar su mundo por completo cuando se enamore de la bella Yseut, proveniente del lejano planeta Éter, y descubra que la Tierra, tal como la conocemos, desaparecerá para siempre.

La Savia, una sustancia de origen desconocido capaz de modificar la constitución genética y provocar alteraciones biológicas, está llegando a la Tierra. Dada su condición de Líder Nato, Gael deberá partir hacia el mundo etéreo durante el punto máximo del próximo eclipse terrestre. Yseut le asegura que de este viaje dependerá el destino de toda la humanidad.

Pero Lara, representante artística de Gael y su mejor amiga desde la infancia, va a jugar un papel fundamental en la inminente invasión, sin siquiera sospecharlo...